

SEMIÓTICA

Wenceslao Castañares

La semiótica constituye hoy un ámbito disciplinar amplio y heterogéneo debido en gran medida a que su objeto, los procesos de significación o de *semiosis*, exigen prácticas teórica y metodológicas de carácter interpretativo que favorecen una gran diversidad de perspectivas y acercamientos. El término “semiótica” (*semeiotiké*) derivado de *semeion* (signo, indicio, síntoma) parece que tiene su origen en la medicina. El uso más antiguo que conocemos lo encontramos en Galeno (*In Hippocratis librum de officina medici commentarii* iii 18b.633.10) referido a la parte diagnóstica del arte de los médicos. Sin embargo el término no tuvo éxito inmediato. Tendrán que pasar quince siglos para que volvamos a encontrarlo usado en el mismo sentido por Henry Stubbes (1670). Por la misma época, en su edición de la *Harmónica* de Ptolomeo (1682), John Wallis atribuye a Marcus Meibomius (c.1630-1710) y a Alipio de Alejandría (s. IV) el uso de *semeiotiké* para referirse al arte de la notación musical, aunque no hayan podido confirmarse estas referencias. Mucho más conocido es el uso del término que hace Locke en su *Ensayo sobre el entendimiento humano* (IV, XXI). El empirista inglés sigue aquí el criterio etimológico más general: la semiótica debe ser la ciencia de los signos, pero, como los signos principales son los signos lingüísticos “se le aplica también el nombre de lógica (*logiké*)”. En el siglo siguiente, J.H. Lambert, en su *Neues Organon* (1764), volverá de nuevo sobre ese argumento. El responsable de que el término se popularizara definitivamente y adquiriera el sentido que tiene hoy, fue C.S. Peirce, aunque su uso, frente a su alternativa, *semiología*, propuesto por F. De Saussure, no se sancionará definitivamente hasta 1969.

El panorama terminológico es bastante ilustrativo del contexto en que se ha situado históricamente el estudio de los signos. El primero de ellos es, sin duda, el de la medicina hipocrática. En el *Corpus Hippocraticum* no encontraremos una reflexión explícita acerca de los signos, pero, por un parte, permite una cierta coagulación de los usos de la terminología relacionada con la interpretación de los signos y, por otra, orienta la reflexión en la dirección que tomará en el inmediato futuro: los signos como punto de partida de un razonamiento (*logismós*) que no alcanza en todos los

casos la máxima exactitud, pero que en muchas ocasiones es lo suficientemente preciso como para llegar a la verdad. Sobre los signos propios del lenguaje no encontraremos una reflexión semiótica estricta hasta que no aparezca el *Cratilo* y los otros diálogos platónicos. En cualquier caso, la tradición médica acerca de los signos y la que se constituirá acerca del lenguaje se desarrollarán de forma paralela. Esta desvinculación es palpable en la obra aristotélica, en la que, la teoría del signo lingüístico (*sýmbolon*) que aparece en el *Perí Hermeneías* no acaba de fundirse con la teoría sobre el signo (*semeion*) que hay que situar en el contexto de la argumentación dialéctica y retórica. En línea con la tradición médica, de la que Aristóteles es claro deudor, el *semeion* es antes que nada el punto de partida de una inferencia no demostrativa, es decir, del razonamiento probable o entimema.

La orientación aristotélica será desarrollada por estoicos y epicúreos. A los primeros les debemos, a parte de su teoría del significado (*lektón*), una terminología sugerente y que con el tiempo tendría éxito. Ellos fueron los primeros en hablar de “significante” (*semainon*), “significado” (*semainómenon*) y objeto (*tygchánon*). A un epicúreo tardío, Filodemo de Gadara (s. I a. C.), le debemos, que sepamos, el término *semiosis*, con el que se refiere a la inferencia signica. No encontraremos, por tanto, en los griegos una teoría semiótica unificada. Ese honor corresponde a Agustín de Hipona, el primero que elabora una definición unificada de signo y una clasificación en la que se integran tanto los signos naturales como no naturales. De su teoría, aunque también de la aristotélica, beberían los lógicos escolásticos, cuyas aportaciones fueron también muy notables.

A pesar de la innovación terminológica operada a partir del siglo XVII, el verdadero punto de inflexión en los estudios semióticos se produce gracias a las aportaciones de C. S. Peirce, y F. de Saussure, referencias inmediatas de las reflexiones contemporáneas que han hecho de la semiótica un área disciplinar independiente. La teoría de Peirce, sin duda la más elaborada y extensa de las dos, es continuadora de las tradiciones griegas y escolásticas y, en definitiva, de la orientación que encontramos en Locke. También para Peirce la semiótica es, en un sentido amplio, “otro nombre de la lógica”. En un sentido estricto, la lógica es la ciencia de las leyes del pensamiento para la consecución de la verdad, pero en un sentido más amplio, puesto que el pensamiento tiene lugar por medio de signos, la lógica es

semiótica, es decir, la ciencia que se ocupa del funcionamiento de los signos (CP 1.444, c. 1897; 2.227, c. 1897). La semiótica queda así situada de forma precisa en el conjunto arquitectónico de la ciencia. La semiótica, en cuanto lógica, y junto a la estética y la ética, forma parte de las ciencias normativas, y éstas, con la fenomenología y la metafísica, de la filosofía. Pero desde un punto de vista fenomenológico, la semiótica es la ciencia de las variedades posibles de la semiosis, es decir de la acción de los signos, que cabe describir también como la relación triádica que mantienen el signo, el objeto y el interpretante (efecto del signo). Los procesos indefinidos de semiosis constituyen los procesos inferenciales por medio de los cuales se construye y transmite socialmente el sentido de los signos. La teoría semiótica de Peirce constituye la reflexión más amplia, sistemática y sólidamente fundada de las teorías del signo existentes.

Peirce reconoce expresamente la vinculación de su forma de entender la semiosis con la tradición escolástica, vinculación que es claramente visible en su división de la semiótica en tres partes: *gramática especulativa*, *lógica propiamente dicha* y *retórica pura*. Cada una de ellas estudia una de las tres relaciones que hacen posible los procesos de semiosis: el signo en sí mismo, la relación del signo con lo significado y la relación del signo con sus efectos (interpretantes). Estas tres partes de la semiótica se conocen más por la denominación de *sintáctica*, *semántica* y *pragmática*, terminología que propusiera Charles Morris.

La aportación de Ferdinand de Saussure se hace desde un contexto muy diferente: el de la lingüística. El punto de partida de Saussure es la constatación de que, además de los signos lingüísticos, los hombres utilizan otros tipos de signos. De ahí la necesidad de concebir una ciencia, “que estudie la vida de los signos en el seno de la vida social” (1969:60). Esta ciencia, para la que propone el nombre de “semiología”, formaría parte de la psicología social y, a su vez, sería el marco en el que incluir la lingüística.

Las breves alusiones contenidas en el *Curso de lingüística general* (1916) de Saussure, también tardarían en ser tomadas en consideración. Sin embargo, el desarrollo del estructuralismo puso aún más de manifiesto la necesidad de la constitución de esta nueva disciplina. En la propuesta saussureana late una ambivalencia que en cierto sentido determina el desarrollo de la semiótica posterior: si

bien cuando ésta se concibe como una posibilidad, la semiología es el marco general en que se inserta la lingüística (“las leyes que descubra serán aplicables a la lingüística”), en otros momentos parece defender que los desarrollos lingüísticos pueden ofrecer a la semiología el camino a seguir. Este modo de entender la naciente semiología es explicitado sin ningún género de dudas por uno de los autores que más contribuyen inicialmente a dar el impulso necesario para que fuera posible la semiótica: R. Barthes. En sus *Elementos de semiología*, Barthes propone invertir el planteamiento saussureano: que la lingüística no sea ya una parte de la semiología, sino al contrario, que la semiología sea una parte de la lingüística. La semiótica deberá ser una *translingüística*.

Ya antes de que Barthes hiciera una aplicación más bien intuitiva de los principios de Saussure, el lingüista danés Louis Hjelmslev había desarrollado esos principios desde un punto de vista más formal. El modo en que Hjelmslev concibe la semiótica tiene su fundamento en la *glosemática*, una lingüística de carácter estructural que toma como principios fundamentales la idea de que la lengua es una forma y no una sustancia, y el llamado principio de inmanencia: la renuncia a cualquier fundamento externo a la lengua misma, como podrían ser los de naturaleza histórica o social. También para Hjelmslev, en la práctica una lengua es “una semiótica” a la que pueden traducirse todas las demás “semióticas”. La conjunción de estos principios con una formulación muy formal conduce a una concepción de la semiótica bastante diferente al uso ordinariamente. Hjelmslev entiende por semiótica una “jerarquía” (1974:150) que, en la interpretación más explicativa que hace Greimas (1979:367), hay que entender “como una red de relaciones, jerárquicamente organizada, dotada de un doble modo de existencia paradigmático y sintagmático (y, por lo tanto, capaz de ser aprehendido como un sistema o como proceso semióticos) y provista de, al menos, dos planos de articulación –expresión y contenido- cuya reunión constituye la semiosis”.

Esta concepción permite distinguir tres tipos fundamentales de semióticas: a) *Semióticas denotativas*: aquellas semióticas en las que ninguno de sus planos es una semiótica; b) *Semióticas connotativas*, aquellas semióticas que no son una lengua y cuyo plano de la expresión es, a su vez, una semiótica; c) *Metasemióticas*: aquellas semióticas en las que el plano del contenido es, a su vez, una semiótica. Pero si

tenemos en cuenta que estas semióticas pueden ser *científicas* o *no científicas* (según apliquen o no en sus descripciones el “principio empírico” de ser autoconsecuentes y tan exhaustivas y simples como sea posible), tendremos que las semióticas connotativas no son semióticas científicas, mientras que las *metasemióticas* sí lo son. Las metasemióticas pueden ser, a su vez, *semiologías*, cuando la semiótica objeto es no científica, y *metasemióticas científicas*, cuando la semiótica objeto es una semiótica científica.

Otros dos aspectos de la concepción de Hjelmslev serían determinantes para el desarrollo de la semiótica estructuralista posterior. Por una parte, una formalización que insta a concebir los sistemas de signos como sistemas de transformación abstractos (lo vuelve a situar la semiótica cerca de la lógica (1974:152)); y, por otra, la declaración del texto como verdadero objeto de análisis de la semiótica.

Los principios fundamentales de Saussure y Hjelmslev fueron desarrollados por A.J. Greimas, aunque también tuviera como referencias los análisis antropológicos de G. Dumézil, C. Lévi- Strauss y M. Detienne, y los estudios sobre el cuento de V. Propp. Fundador de la *Escuela de París*, a Greimas le corresponde haber llevado a cabo el desarrollo más formal y sistemático de todos los realizados en la tradición estructuralista. Su concepción de la semiótica viene a coincidir con la *semiología* de Hjelmslev. Sus aportaciones teóricas tienen como objeto inmediato la lengua y sus análisis más paradigmáticos se centran en el texto literario (Maupassant). El objetivo fundamental de Greimas es construir una teoría semiótica de carácter general que incluye un conjunto de conceptos y modelos formales bien definidos (como el conocido “cuadrado semiótico”) y una serie de procedimientos de carácter operativo aplicables a las manifestaciones semióticas entendidas como textos, tanto desde el punto de vista del enunciado como desde el punto de vista de su puesta en discurso (enunciación). La eficacia de esta teoría es manifiesta, sobre todo, en el ámbito de la narratología, aunque su aplicación a los sistemas no lingüísticos resulta bastante más problemática. A Greimas y su Escuela se le ha criticado también la posición irreductiblemente inmanentista, que no hace justicia ni a la tradición clásica y peirceana, ni a otras tradiciones más sociológicas del análisis discursivo (por ejemplo, la del F. Foucault de la *Arqueología del saber*)

Por la misma época en que se desarrollaba la corriente francesa, en la Unión Soviética también crecía el interés por la semiótica. Ambas orientaciones coincidían en aspectos fundamentales como su inspiración saussureana y, en definitiva, su vinculación con teorías lingüísticas que, en este caso, se concretan en las influencias de los formalistas rusos, aunque también en las aportaciones de M. Bajtin que en algunos sentidos suponían una superación de éstos. Hay, por lo demás, en los semiólogos soviéticos una clara vocación de convertir a la semiótica en un lenguaje que permita establecer un diálogo interdisciplinario entre ciencias sociales como la antropología, la psicología social, la etnografía histórica, el estudio del contenido, la poética, la teoría del arte, etc. Tras unos primeros momentos de tanteo e indecisión la semiótica soviética adquiere mayor grado de definición gracias a la obra de Y. Lotman, creador de la llamada *Escuela de Tartu*. Lotman establece que, dado que la semiótica debe tener como objeto el texto y dado que el texto es una realización de la cultura, la semiótica ha de ser forzosamente una *semiótica de la cultura*. Bajo esta afirmación late el proyecto de una semiótica entendida como una translingüística, pero en la que el papel estructurador ha de ser atribuido, más que al lenguaje, a la cultura. La cultura y las manifestaciones textuales de los distintos sistemas semióticos crean un sistema ecológico al que bien puede llamarse *semiosfera*. Su acercamiento al texto es también en algunos sentidos diferente al de la semiótica estructuralista. Más que poner el acento en los aspectos estructurales, generativos, del texto, la semiótica de Lotman se preocupa de los textos reales y las peculiaridades que estos adquieren según las diversas circunstancias culturales en las que aparecen y en las que los sujetos, también con sus peculiaridades, adquieren un papel irreductible a sus representaciones abstractas. Otras aportaciones relevantes de Lotman lo constituyen su concepción del espacio como sistema semiótico, sus propuestas de tipologías culturales basadas semióticamente y la atención a los textos artísticos en general.

Herederas de todas estas perspectivas teóricas y de aportaciones nada fáciles de calificar como la concepción sincrética que lleva a cabo U. Eco, la semiótica ofrece hoy, tanto desde el punto de vista de la elaboración teórica como del análisis, un mosaico muy heterogéneo de perspectivas que, a pesar de los intentos de síntesis, no permiten hablar de una teoría unificada. No obstante es posible apreciar algunos rasgos que son bastante comunes a las diferentes orientaciones. En primer lugar, la

preocupación por los textos, aunque estos son concebidos desde una perspectiva tan amplia que ya no se ven en oposición a la noción de signo, sobre todo porque éste es entendido más a la manera peirceana que saussureana. En segundo lugar, puede apreciarse también una mitigación del principio de inmanencia que lleva a un análisis de los textos y los signos en el contexto de la cultura. Por otra parte hay también un cierto acuerdo a la hora de distinguir, como hace Eco (1990: 9-12), una *semiótica general* que pretende dar una visión unificada de los procesos de semiosis, unas *semióticas específicas* que se enfrentan a los sistemas particulares de signo, y una *semiótica aplicada* entendida como prácticas interpretativas específicas, como pueden ser las de la crítica literaria o el análisis de los textos mediáticos. La semiótica no es ya, como en los años sesenta, una moda. Ha abandonado también las pretensiones imperialistas de otros tiempos. Pero no cabe duda de que la pregunta por los procesos de semiosis sigue siendo ineludible, tanto más, cuanto las nuevas tecnologías de la información y la comunicación han multiplicado las formas de producción, difusión y consumo de objetos culturales que construyen nuevos espacios y dan lugar a nuevas relaciones de comunicación.

BIBLIOGRAFÍA CITADA

- BARTHES, R. 1971. *Elementos de semiología general*. Madrid, Alberto Corazón.
 -1980. *Mitologías*. Madrid, Siglo XXI.
- ECO, U. 1990. *Semiótica y filosofía del lenguaje*. Barcelona, Lumen.
- GREIMAS, A.J. 1983. *La semiótica del texto: ejercicios prácticos. Análisis de un cuento de Maupassant*. Barcelona, Paidós.
- GREIMAS, A.J. – COURTÉS, J. 1982 y 1991. *Semiótica. Diccionario razonado de la teoría del lenguaje*. 2 vol. Madrid, Gredos.
- HJELMSLEV, L. 1974. *Prolegómenos a una teoría del lenguaje*. Madrid, Gredos.
- LOTMAN, J. 1996-2000. *La semiosfera*. 3 vol. Madrid-Valencia, Cátedra-Universitat de Valencia.
- PEIRCE, C.S.1935-1958. *Collected Papers*. 8 vol. C. Hartshorne, P. Weiss y A.W. Burks (eds.). Cambridge, MA: Harvard University Press. (CP).
 - 1982- 2000. *Writings of Charles S. Peirce. A Chronological Edition*, vols. 1-6. H. Fisch et al. (eds.). Bloomington: Indiana University Press.
- SAUSSURE, F. 1969⁷. *Curso de lingüística general*. Buenos Aires, Losada.